

DEL PALACIO A LA CALLE

NOTAS SOBRE LA IZQUIERDA
DESPUÉS DE UNA DERROTA



VÍCTOR DE CURREA-LUGO

Víctor de Currea-Lugo

DEL PALACIO A LA CALLE

Notas sobre la izquierda
después de una derrota

La autocrítica no garantiza victorias.
Pero negarse a hacerla
es una manera
extraordinariamente eficaz
de garantizar nuevas derrotas

Del palacio a la calle. Notas sobre la izquierda después de una
derrota

©2026, Víctor de Currea-Lugo
<https://victordecurrealugo.com>

Primera edición, Bogotá, julio de 2026

Diseño de cubierta y fotos del interior:
Víctor de Currea-Lugo

**Permitida la reproducción total o parcial de esta publicación,
mediante cualquier sistema, siempre y cuando se cite la fuente.**

Impreso y hecho en Colombia
Printed and made in Colombia

FRÍO

El frío llama a la puerta
y nadie abre
por temor que tras el frío
se adentre la noche en los zaguanes
y tras la noche
se adentre la muerte en los jardines.

Víctor de Currea-Lugo

ÍNDICE

Presentación

Prólogo

Jueputa, perdimos

Primera parte: El diagnóstico

1. Las elecciones se ganan con votos
2. La izquierda y las cuentas alegres
3. Lisa, Homero Simpson y la izquierda

Segunda parte: Las causas profundas

4. La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el Pacto Histórico
5. ¿Y si Lenin tuviera razón?

Tercera parte: La autopsia y la reconstrucción

6. Cómo perder antes de perder
7. Táctica, estrategia y la casa remendada
8. Volver: de la calle al palacio
9. Lo que se viene pierna arriba

Epílogo

A pesar de todo, sigamos caminando

Presentación

Hay una tendencia reiterada a ridiculizar la autocrítica. Se dice que la autoflagelación se la dejamos a los penitentes o que este no es el momento político para discutir errores. Y entonces, sin haber entendido del todo lo que ocurrió, se nos hace llamar a mirar hacia adelante, a concentrarnos en las próximas elecciones y a cerrar filas como si el simple paso del tiempo pudiera resolver problemas que siguen ahí.

No se trata de tener vocación de penitente ni de pretender ser astrólogo para leer el futuro. Cualquier marxista de primer semestre sabe que, si se hace lo mismo, el resultado será muy parecido. El problema no es la calidad moral de quien critica ni las intenciones que se le atribuyan. El problema consiste en ser capaces de leer las pistas que nos está dando la realidad, ponerlas juntas y entender algo elemental: la autocrítica no es traición.

Por supuesto, la solución no está en la quema de brujas ni en la búsqueda de culpables individuales. Tampoco en los purismos que reducen la política a ejercicios de superioridad moral. Pero estoy convencido de que el principal error consiste en asumir que no hubo errores.

Porque los hubo. Errores de lectura de la sociedad, de comunicación política, de organización, de alianzas, de construcción territorial, de democracia interna y de relación con la propia militancia. Errores que no aparecieron la noche de las elecciones, sino que venían acumulándose desde mucho antes y que la derrota simplemente hizo visibles.

Y lo que estaba en juego era demasiado importante como para tratar el resultado como un simple accidente estadístico. Las derrotas políticas no son únicamente derrotas de partidos o de dirigentes. Tienen consecuencias materiales en la vida de la gente: modifican la correlación de fuerzas, frenan reformas, alteran las agendas de derechos y cambian las posibilidades de la paz y de la justicia social.

La campaña, además, no la hicieron las dirigencias. La hicieron miles de personas de a pie que dedicaron tiempo, dinero, trabajo y esperanza. Y, sin embargo, muchas de ellas tienen hoy la sensación de no haber sido escuchadas. Tal vez porque existe la tendencia a convertir las debilidades en virtudes: el desorden en horizontalidad, la improvisación en espontaneidad, la falta de estrategia en autenticidad y la ausencia de coordinación en una supuesta alternativa a la política tradicional.

Las páginas que siguen nacieron de estas inquietudes. Algunas fueron escritas antes de las elecciones, otras después de la derrota y varias estaban todavía en proceso de cocción cuando ocurrió lo que ocurrió. Algunas ya habían sido publicadas; otras permanecían inéditas. Por eso conservan el tono, las urgencias y hasta las contradicciones del momento en que fueron escritas. No pretenden ser un ajuste de cuentas ni un ejercicio de pesimismo.

Hablan de sectarismo, de organización, de comunicación política, de derrotas que se incuban lentamente y de la necesidad de volver a la sociedad para reconstruir una fuerza política capaz de aprender de sus errores. Todos los textos giran en de una incomodidad básica: llegamos al gobierno más rápido de lo que construimos una fuerza política capaz de sostenerlo.

Quizá la derrota no hizo más que volver visible una serie de problemas que venían de atrás. Quizá el desafío consista ahora en entender por qué una fuerza política capaz de llegar al Palacio de Nariño sigue teniendo dificultades para construir organización, democracia interna, relaciones sociales duraderas y mecanismos elementales de escucha.

Me rehúso, además, a que alguien me diga cuándo puedo hablar, en qué tono debo hacerlo o qué críticas están permitidas. Me rehúso, sobre todo, a aceptar que el pensamiento crítico se considere un acto de deslealtad. Eso de destripar desde la izquierda se ve bastante feo. Ya a algunos nos quitaron el derecho al debido proceso y a la presunción de inocencia; ahora también parecieran querer quitarnos el derecho a la libertad de expresión.

Un muy querido amigo critica que use la palabra “izquierda” con tanta flexibilidad en mis columnas. Mi argumento es simple: recojo lo que la gente llama hoy “izquierda”, más de lo que debería ser.

Termino esta nota citando a Jaime Bateman, quien decía que el problema no era que nos mataran a todos, sino que no supiéramos hacer política. La frase sigue siendo incómoda porque no minimiza la violencia; simplemente nos recuerda que la persecución, por brutal que sea, no sustituye la inteligencia política. Nos tocará resistir, sí. Pero también organizarnos mejor, escuchar más y cometer menos errores de los que acabamos de pagar tan caro.

El autor



Prólogo

Jueputa, perdimos

(22 de junio de 2026)

Podemos culpar (y es verdad) a las triquiñuelas de Estados Unidos, sin duda. A la falta de transparencia en el sistema electoral. A la compra de votos. A la falta de cultura política o al exceso de cultura traqueta.

No basta con gritar «fraude»; estando 4 años en el Gobierno, no se tocó el sistema electoral, entre otras cosas, porque siempre se dejó el Ministerio del Interior en manos de personas ajenas al Pacto.

No podemos culpar al enemigo (así nos llaman ellos) de que ponga una trampa; eso siempre lo han hecho. Si aceptamos esas reglas de juego, es nuestra responsabilidad jugar para ganar, no para participar.

Perdimos. Y tenemos que buscar respuestas en nosotros mismos. Perdimos. Y, como toda derrota importante, esta también exige algo más incómodo que las excusas: entender qué nos está diciendo sobre nosotros mismos. No podemos seguir con la excusa esgrimida, con tono de regaño, de que no es el momento de criticar.

Pero el balance no puede comenzar únicamente con la campaña ni con la escogencia del candidato. Las elecciones también fueron, inevitablemente, un juicio sobre el gobierno de Gustavo Petro. Sería absurdo desconocer avances importantes en materia social, laboral, agraria o internacional. Pero también sería un error negar que hubo desaciertos, temas descuidados y decisiones cuya cuenta de cobro terminó llegando

a las urnas. Hacer un balance serio implica revisar con el mismo rigor lo bueno, lo malo y lo feo del gobierno. No para buscar culpables, sino para aprender.

Precisamente porque hubo avances reales, vale la pena preguntarnos por qué no alcanzaron para construir una mayoría política duradera. Los logros no invalidan la autocrítica; la hacen más necesaria.

La lógica de la izquierda ortodoxa nos hizo mucho daño. No entendimos la comunicación ni el lenguaje de la gente, por estar atrincherados en los guetos de siempre. No superamos las puñaladas internas, el triunfalismo, el clientelismo, la burocracia ni la corrupción.

Nos pasaron las facturas del intelectualismo, de los errores de Petro, de la estúpida austeridad y del infantilismo vestido de pureza. Una campaña cerrada que la gente abrió a punta de sus propios esfuerzos. Quizá porque llegamos al gobierno más rápido de lo que construimos una fuerza política capaz de sostenerlo. Si hubiéramos ganado, habría sido a pesar del Pacto Histórico.

Decir «las Fuerzas Armadas del cambio» no resolvió el vínculo con los paramilitares ni modificó la doctrina militar. Ni siquiera se desmontó el Esmad. Nuestra política exterior no trascendió los titulares (salvo en algunos casos que conozco muy bien). Seguimos siendo un país xenófobo y racista, empezando por el Palacio de San Carlos.

La anhelada «Paz Total» fracasó con todas sus letras porque propusimos esencialmente los mismos modelos que ha propuesto la derecha. Nos dio miedo pensar en la inseguridad urbana. Asimismo, podríamos hablar de otros espacios.

El Pacto Histórico es una suma de fuerzas que arrastra sus prácticas y que no ha dado el salto para convertirse en un partido del cambio. Si quienes gestionaron esta derrota siguen al mando, el Pacto seguirá igual o peor.

Desde los años 1980 hablamos de la necesidad de una «cultura política» diferente y seguimos enredados en citar a autores posmodernos.

Perdimos y dejo a otros la tarea del inventario de excusas. Mi modesta labor es diferente: mencionar la soga en la casa del ahorcado y meter el dedo en la llaga. Lo cierto es que no aprendimos ni del plebiscito por la paz ni de la primera vuelta.

Tampoco aprendemos de los errores de nuestros vecinos latinoamericanos, cuyas izquierdas están llenas de cortesanos y en las que la auto-crítica se considera una traición. Ante el riesgo de un colapso del Pacto, se necesita fundar un «Pacto Crítico» que dé la cara al país, que renuncie al histórico canibalismo de izquierda y a las formas de gobernar de la derecha.

Duele porque este fracaso no puede justificarse diciendo que es «una victoria moral» o que, como jugadores de ajedrez, quedamos segundos. Y duele aún más porque esta derrota se medirá en detenidos, exiliados y muertos, cuando lo que se necesitaba para profundizar en los cambios y salvar vidas era ganar las elecciones.

Pido perdón a todas las bases: al viejito de Frontino, a la señora de Santander, a la gente del Cauca y a todas las personas que movieron todo lo que pudieron para conseguir un voto y apoyar la campaña, que le pusieron sangre y esperanza.

Y de paso, tenemos que renunciar a los purismos de las cafeterías, a la lógica de los iluminados y a las citas en las que no puede faltar la palabra «epistemología». Ya veo a mis amigos mamertos y progres, a los tibios acomodados, llamándome al orden.

En las bases no hubo claridad respecto del mecanismo de designación de la vicepresidenta. Calma, no digo que sea o no la indicada, digo que su designación, a los ojos de muchos, no fue transparente. Sigo sin entender de dónde provenía el poder de ciertas personas en la campaña. ¿Quién empoderó a quién? ¿Por qué hubo gente marginada y casi anulada dentro del Pacto? ¿Quién tomaba las decisiones? ¿Cuál era el poder real? Si vamos a ser oposición como la campaña, mejor deje así. Desafortunadamente, si uno apuesta a la democracia burguesa, debe aceptar, salvo que quiera perder, que la forma importa a veces más que el fondo. Y ahora mismo, sería bueno que el inexistente mecanismo de

rendición de cuentas se estrenara y que cada congresista dijera realmente qué hizo durante la campaña.

La recta final de la campaña estuvo orientada a las denuncias penales, a potenciales medidas cautelares y a la invocación del derecho, como si estuviéramos en un juicio y no en un debate electoral. Era la misma lógica errónea de intentar construir la paz con el código penal en la mano.

Habrà que dar también las batallas jurídicas que sean necesarias. Defender derechos, interponer acciones, acudir a los tribunales y a los mecanismos internacionales seguirá siendo parte de la resistencia. Pero conviene no olvidar una vieja lección: cuando uno solo tiene un martillo, todo termina pareciendo una puntilla. Durante demasiado tiempo hemos querido resolver conflictos esencialmente políticos mediante el derecho. El derecho es un campo de lucha; nunca podrá reemplazar la organización ni la política.

En la recta final, se intentó negociar con las otras campañas desde una posición de superioridad moral o, simplemente, diciéndoles que la puerta estaba abierta para que se sumaran a la tradición vanguardista de la izquierda ortodoxa.

Algunos congresistas no fueron admitidos en la campaña; perdimos liderazgos nacionales y regionales porque un séquito decidió más que una bancada electa. Cambiamos un liderazgo unipersonal de Petro por un círculo cerrado.

Compañeros, perdimos y hay que ver la viga en el ojo propio, releer «La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo». Mientras tanto, culpemos a la derecha por haber hecho lo que nosotros no fuimos capaces de hacer.



Primera parte: El diagnóstico

1. Las elecciones se ganan con votos

(2 de junio de 2026)

Esto no está perdido, pero sí embolatado. Hablemos sin tapujos, porque el palo no está pa' cucharas: lo primero es romper ese círculo cerrado de la dirigencia de la campaña, abrirlo, llenarlo de ideas operativas. Si seguimos con las declaraciones a la luna, eso no consigue ni un solo voto.

Seamos realistas. El programa de Cepeda tiene 400 páginas y el de De la Espriella, 3. No sirve escribir 100 páginas más. En 2014 voté por Santos para salvar la paz; ahora hay que llamar a salvar el país. Entonces, empezemos por sugerir qué no hacer. Lo que está en juego es más grande que una candidatura: es el futuro del país.

1. Dejar de culpar al imperialismo yanqui, al fraude y a los medios. Existen, sí; están contra nosotros, esperable, pero es que nosotros hicimos mal la tarea. Estas y otras variables estaban desde el comienzo; lo sabíamos. Claro que los enemigos del cambio no van a quedarse quietos y es tonto esperar eso.

2. Hay que dejar de convencer a los convencidos. El discurso actual ya llegó a su límite; es bueno, tiene cosas útiles, pero ya no va a convencer a nadie más. No podemos seguir con una campaña del siglo pasado para mirar al futuro.

3. No insistir en lo mitológico. Lo simbólico cuenta, pero las elecciones no son un performance ni una reunión sindical. Las elecciones son una disputa descarnada por ganar y se gana con votos, no con la razón.

4. No se puede seguir con la austeridad. Hay que usar los recursos, pero no bajo la supervisión del centro. Hay que dar recursos a las regiones, especialmente a Antioquia y a los santanderes. El que guarda manjares guarda pesares. Esa plata está ahí para lo que sea. Esos no son territorios perdidos, pero sí representan un gran desafío.

5. No hablar más de la constituyente. Este no es el momento para un debate distinto del electoral. Discutir para perder votos, hacer dudar a los convencidos y generar tensiones innecesarias no sería otra cosa que el típico suicidio de izquierda.

6. No pensar solo en otros candidatos, sino también en sus bases. No hay que esperar alianzas para hablarles a los indecisos. Los votos de la gente no están endosados a sus precandidatos; hay un gran fragmento que, ante todo, es contrario al fascismo y no es “rebaño”. Y ahí es donde tenemos que tocar. Pero para eso toca abrirse. Si todos los que no comulgan al 100% con nosotros “son fascistas”, no hay nada que hacer. Las mayorías no se construyen tratando a la gente como una correa de transmisión ni como clientela electoral.

7. Mantener la esperanza. Ese oportunismo, muy nuestro, de apostar solo al ganador es perverso. Hay una comunidad indignada por lo que ocurre en Palestina, muy preocupada por la crisis climática y muy sensible al maltrato animal. Esas son personas que, si son coherentes, no votarían por De la Espriella. De hecho, sin broma, más de un “michi” vota. Hay que hablarles también a los propalestinos, los ambientalistas y los animalistas.

8. Repito: abrir la campaña. Si se sigue manejando el proyecto desde un círculo cerrado y desde la capital, no hay nada que hacer. Los esfuerzos de la Junta de Acción Comunal del municipio más perdido son loables, pero es Cepeda quien decide cualitativamente para dónde y hasta dónde va esto: abra la campaña. Abrirla no es decirles a las bases que pongan los afiches y la plata, sino escucharlas, darles herramientas y dejarlas participar en las decisiones.

9. Hablemos de las ciudades. El país es urbano. Hay problemas de inseguridad reales que no figuran en la Paz Total. No digo que la paz no sea importante, sino que es electoralmente marginal. Por eso perdimos

el plebiscito. Hablemos de las angustias del vecino. Y, sobre todo, de las mujeres urbanas. Debemos volver a los barrios. Incluso hay que aceptar que la propuesta de Paz Total fue un fracaso.

10. Hablemos a los jóvenes en clave de jóvenes. Pongamos a los jóvenes al frente. Las bases sociales del paro nacional de 2021 siguen esperando respuestas a preguntas que no fueron respondidas. Y no es herejía separarse de los errores del gobierno actual cuando sea necesario.

11. Cepeda es un producto electoral que hay que vender. ¿Poco ortodoxo lo que digo? Si. Hasta sacrílego si quieren, pero esa es la realidad de la política. Aquí se grita, se manotea en política. No solo hay que hablarle al cerebro y al corazón de la gente, sino también al hígado, a la tripa, a aquello que nos conmueve. La gente no vota por programas de gobierno sino por personas en las que confía. Somos un país premoderno, no para escuchar discursos leídos.

12. Menos gente en la tarima al lado de Cepeda y más en la calle. Es vergonzoso cuando recibo llamadas de las regiones preocupadas por la falta de presencia de dirigentes regionales del Pacto Histórico que deberían estar haciendo la tarea. Tenemos lógica de partido para afuera y comportamientos censurables para dentro; pero lo más grave es que no estamos haciendo campaña. No se puede sustituir el contacto con la sociedad por reuniones entre dirigentes.

13. Dividir claramente las tareas jurídicas de las políticas respecto del escrutinio. Los esfuerzos no pueden perderse en la minucia del fraude que, incluso de se prueba, no puede modificar el futuro inmediato.

14. Hablarle a la gente. Ni la invocación histórica al fascismo ni el análisis del mercado de valores dicen algo tangible a la gente. Ya sabemos que quien no conoce la historia está condenado a Ariel Ávila, pero ese debate no es para este momento. Si no ganamos un debate en la tienda de la esquina, no vamos a ganar el 21 de junio.

15. La política de alianza implica hablarle a un país que no es solo de indígenas, negros y campesinos. La clase media es clave, pero hay que hablarle al país entero. Antes que cualquier otra cosa, somos colombia-

nos. En Bogotá perdimos muchos espacios porque no hay un mensaje claro y efectivo para la capital.

16. Lo que ha sido un logro del cambio (aumento del salario, matrícula cero, hectáreas para los campesinos) hay que decirlo no con números, sino con historias reales. Que la gente sienta lo que ha ganado y lo que puede perder. Hay que hacer una campaña de historias reales de gente real.

17. En términos de comunicación, necesitamos una sola consigna por lo menos unos pocos. Pero una consigna que contagie, que pegue. Hay una dispersión de mensajes que no calan ni llegan a la gente, sino a nichos específicos, en el mejor de los casos.

18. Crear mensajes específicos para votantes urbanos que no se identifican con el petrismo pero rechazan posiciones extremas. En otras palabras, no es Petro con la derecha, es el país contra el pasado. Toca superar el marco de visión. Hay que “defender la democracia, maestro”, pero de verdad.

19. Convertir el miedo al gobierno de De la Espriella en ejemplos concretos de lo que podría perderse en derechos, libertades y políticas sociales, usando sus propias palabras. La verdad es que un joven entiende mejor si le decimos que la matrícula cero está en riesgo que si la hablamos de forma abstracta. Una serie de videos de Cepeda, dirigidos a los jóvenes, a la clase media y al mundo urbano, podría ser una buena opción.

20. Claro que las redes virtuales suman, pero cuidado: en 2010 Antanas Mockus ya era presidente en internet, pero en las urnas ganó Santos. Se gana con votos, no con ideas. Las ideas hoy sirven si ponen votos. Y las redes no sustituyen la organización territorial, aunque a veces sirvan para crear la ilusión de que ya ganamos.

Ya sé que hay algunas propuestas que no gustan o que podrían ser menos eficaces, pero la pregunta de fondo es si nos rendimos ya mismo o no. No está perdido todo, pero sí embolatado, y el que lo logre desembolar será un buen defensor del cambio. La tarea es una sola: reconquistar la esperanza.



2. La izquierda y las cuentas alegres

(1 de junio de 2026)

Soy un hombre de izquierda, aunque ya sé que, en la izquierda, cuando alguien no dice lo que se quiere escuchar, ya no es de izquierda. Y soy aguafiestas porque alguien tiene que hacer esa función y, además, los cancelados ya no tenemos nada que perder.

Ya sé que hay prácticas fraudulentas, que la compra de votos existe y todas esas cosas, pero el debate no es ese, sino preguntarnos en qué medida la propia izquierda contribuyó a que el resultado electoral del 31 de mayo haya sido el que fue.

Las elecciones se ganan con votos o con fraude, pero no solo con ideas. Y entonces quedarse estancado solo en el cielo de las ideas y de los programas no sirve si eso no se refleja en un electorado que vote. No somos conscientes del grado de polarización tan brutal. En las sociedades polarizadas, tener la razón no basta y mucho menos consolarse con ello. Una de las grandes tentaciones de la izquierda es convertir la derrota en una prueba de superioridad moral.

Decir que la gente vende el voto no es una respuesta que explique el panorama actual. Si fuera solo un problema de beneficios propios, los pobres que perciben un salario mínimo más alto o los jóvenes con matrícula cero votarían por Cepeda. Es cierto que somos una sociedad sin memoria, pero aun así la izquierda debería tener una posición clara.

El primer problema fue ese terrible triunfalismo que permite deducir que ya todo está decidido e incluso que se ganaría en primera vuelta. Está bien ser optimista, pero una cuota de realismo no cae mal cuando recordamos que muchos millones votaron por Rodolfo Hernández

hace cuatro años y que, a pesar de todo, perdimos el Plebiscito por la paz. El optimismo es una virtud; las cuentas alegres son otra cosa.

Fruto de ese triunfalismo, muchos de los actores políticos que deberían haber hecho campaña no cumplieron su tarea y parecían más un desfile de futuros ministros que un trabajo militante.

El abstencionismo no explica este resultado. Los colombianos acudieron masivamente a las urnas. La pregunta no es por qué la gente no votó, sino por qué no votó como esperábamos.

En algunas zonas del país, el Pacto no ha cuidado ni de sus jurados ni de sus testigos electorales, por lo que se pierde un apoyo esencial para combatir el fraude. Es más, en la mayoría de los casos se piensa combatir el fraude cuando este se haya fraguado; es decir, cuando los medios de comunicación ya hayan establecido quién es el ganador. Y ahí sí, como dicen que dijo Pacheco: «ya pa' qué hijueputas».

En ese sentido, preocupa que la declaración del presidente Petro sobre la inclusión tardía de 800.000 cédulas se haga después de que se hayan publicado los resultados preliminares y no antes. En todo caso, ahora la tarea del presidente es demostrar lo afirmado.

Ahora bien, no podemos quedarnos atrapados en el debate sobre el escrutinio. Alguien debe revisar los votos, impugnar las irregularidades y demostrar cualquier fraude que haya. Pero la tarea política urgente es otra: empezar desde ya a construir cómo ganar la segunda vuelta. Mientras unos cuentan votos, otros deben conseguirlos; esto último es lo realmente prioritario.

Y aquí aparece otro problema: la renuncia absoluta a cualquier auto-crítica y la acusación inmediata de traición a quien siquiera mencione semejante palabra. La verdad es que quienes estuvieron haciendo la campaña son, principalmente, las bases sociales y no la estructura del Pacto Histórico como tal. Y para eso basta con mirar quién convoca y cómo se convoca. Las organizaciones empiezan a equivocarse de manera sistemática cuando dejan de escuchar a su propia gente y terminan hablando principalmente consigo mismas.

Ya me dieron palo por criticar la selección de la vicepresidenta. No dudo de su capacidad, pero un cargo así no es para convencer a los convencidos, sino para conseguir votos. Las elecciones se ganan con votos y no con demostraciones de principios.

Ya lo dijo Weber: la política no es cosa de ángeles. Colombia no es Bolivia, donde el voto indígena es determinante. Y menos aún cuando el movimiento indígena ya está claramente decantado hacia el cambio.

Muchos no entienden cómo De la Espriella logró semejante votación en Bogotá y en otras ciudades. Yo tampoco entiendo otra cosa: por qué, en nombre de la austeridad, se renuncia a hacer política, cuando hacer política exige recursos.

En esas sociedades, más que la razón, mueven el miedo y el instinto; más que las ideas, el impulso. Y la izquierda sigue sin entender del todo que la política no es un seminario universitario sino una disputa descarnada por el poder.

Insisto en mis dos tesis pesimistas: que la humanidad está sobrevalorada y que la humanidad es de derechas; se puede cambiar el orden de las dos premisas, pero difícilmente se puede negar su peso.

Para algunos de la izquierda, lo siguiente es una herejía: $2 + 2$ es 4, aunque la canción diga 3. Decir que es 3 no es una metáfora bien lograda, sino el reflejo exacto de cómo vemos la vida: haciendo cuentas alegres de espaldas a la realidad y luego preguntando por qué perdemos. Negarse a ver la realidad no es optimismo: es renunciar a aprender de la derrota.

Esa lógica de las “narrativas” debe examinarse con seriedad para evaluar su peso real en el retroceso de la izquierda en países como Chile, Argentina y España. Un proyecto colectivo no puede construirse sobre proyectos que, en nombre de la identidad, terminan siendo excluyentes por definición. Con este resultado, el giro regional a la derecha se consolida para alegría de Trump y dolor de los más jodidos.

El antipetrismo impuso sus lógicas. Es cierto que millones votaron por Cepeda, pero aún más los que votaron en contra, especialmente después de un gobierno del cambio que, si bien cometió errores, tiene mucho que mostrar.

También podemos echarle la culpa a la prensa. Pero eso ya lo sabíamos. La mayoría de los grandes medios no aman precisamente a la izquierda y nadie descubrió semejante cosa el día de las elecciones. Si esa era una variable conocida desde el comienzo, no sirve como explicación suficiente de la derrota. Las condiciones eran las mismas tanto al inicio como al final de la campaña.

Parece que no aprendemos de los errores. Y nuestra sociedad, atrapada entre la posmodernidad, el «miedo al comunismo» y la lógica judeocristiana, prefiere votar por los reales defensores de Israel antes que por los dizque hipotéticos socios de la Unión Soviética. Seguimos atrapados en una cultura política en la que el miedo moviliza más que la esperanza.

Es cierto que hace 4 años Gustavo Petro obtuvo el 41% de los votos en la primera vuelta, pero ni Cepeda es Petro ni De la Espriella es Rodolfo Hernández. Hay que hacer alianzas. Pero no se trata de llamar a Oviedo porque es gay, como, a mi juicio, proponía por ahí alguien despistado. Eso hace parte del esencialismo woke según el cual las minorías discriminadas son esencialmente justas.

También habría que preguntarse por los graves errores del Gobierno —ya no solo de Petro— al comunicarle al país los avances logrados. Y, dentro de esto, los distanciamientos recientes entre el gobierno y el Congreso que también pudieron afectar la intención de voto.

Uribe ha perdido fuelle, pero el uribismo no ha muerto; su mentalidad se mantiene y se recicla bajo otros nombres. Y no basta con “decretar” su fin cuando Antioquia demuestra persistencia en su intención de voto. El cambio sociológico en la cultura política no es de un día para otro, pero hay que preguntarse por la profundidad y la consistencia de estos cuatro años.

Hay que hablarles a los jóvenes y a las ciudades. Pero hablarles a los jóvenes políticamente activos resulta un poco frustrante cuando no se concretaron ni el desmonte del ESMAD (más allá de ponerle otro nombre) ni la liberación de los detenidos de la Primera Línea.

Queda un poder del Pacto Histórico elegido para el Congreso que tiene mucho que hacer, pero su primera tarea será desprenderse de las formas de derecha de hacer política. El problema es que, para ganar en segunda vuelta, toca renunciar a esas formas de inmediato. Y cualquier día en que eso se retrase será un día de ganancia para la derecha.

Votaré a favor de mantener el cambio, esperando que esta vez sí se profundice. Y votaré con miedo. No al “comunismo” del que nos llevan advirtiéndolo desde hace más de medio siglo, sino al fascismo que ya se escucha venir con pasos de animal grande.



3. Lisa, Homero Simpson y la izquierda

(20 de enero de 2026)

En diciembre pasado, en Sudáfrica, nos preguntamos por qué no logramos movilizar al mundo frente al genocidio palestino como habríamos querido. Yo eché mano de una analogía de Los Simpson para explicar nuestras limitaciones comunicacionales. Retomo esa metáfora entre Lisa y Homero para explicar algunos problemas de la izquierda.

A Lisa Simpson le encanta tocar el saxofón, cita a autores importantes, lucha contra el cambio climático y encaja de lo que hoy llamaríamos un perfil de intelectual. Lisa entiende cuando le hablan de historia o de antropología y, por lo mismo, representa una parte de la humanidad.

Pero esa parte es ínfima, minoritaria, poco relevante. Se conocen entre ellos, en el club de lectura, los cineclubes, las galerías de arte, las marchas anti-algo y los escenarios de la política progresista, pero poco más allá. A veces pareciera que la izquierda ya no quiere convencer a las mayorías, sino encontrar consuelo entre quienes ya piensan igual.

El otro es Homero, bruto, orgullosamente bruto, ejemplo de la sociedad de consumo, sin memoria política, sin capacidad de análisis, altamente influenciable. Lo define y lo moldea la televisión; tan simple como cambiante.

El problema es que en el mundo hay pocas Lisas y muchos Homeros; la humanidad está más cerca de la mediocridad de Homero que del pensamiento crítico de Lisa. Además, el voto de Lisa vale lo mismo que el de Homero y, peor aún, la izquierda escribe y habla pensando en Lisa, no en Homero. ¿Qué podría salir mal? Todo. Lisa no convence ni

a sus de clase. Tener razón y conseguir votos son dos cosas distintas. Y la tragedia de cierta izquierda consiste en creer que la primera garantiza la segunda.

Supongamos un párrafo de ella invitando a unas elecciones:

“En el marco de una coyuntura electoral atravesada por las múltiples violencias del capitalismo tardío, invitamos a una reflexión colectiva, interseccional y situada sobre la necesidad de ejercer un voto consciente, crítico y transformador, que tenga en cuenta las dinámicas de poder, las epistemologías del sur y los silencios históricos que han marginado a los sujetos subalternos, sin perder de vista la urgencia climática ni la ética del cuidado como horizonte político irrenunciable”.

Esto es cierto, pero absolutamente intragable. Eso no solo no lo entiende la mayoría llena de Homeros, sino que tampoco lo entiende Margie. Y los pocos que entienden son otras Lisas, dispuestas a destrozarse el texto y a matizar cada afirmación, citando a un autor de moda o criticando, desde su pureza moral, el enunciado. Así somos.

Lisa escribe y debate sobre la importancia de las hormigas, cuidándose de no ofenderlas, mientras la vida de Margie transcurre por encima y por fuera de las alusiones a las hormigas. Y a Homero, qué pena por ser tan prosaico; poco o nada le importa la promesa izquierdista de justicia epistémica (cualquier cosa que esto signifique).

Mientras tanto, la derecha de Milei, de Bukele, de Bolsonaro y de Trump habla a los Homeros, los convence y poco importa si dicen la verdad, si cumplen lo prometido y si son terraplanistas o antivacunas. Homero mira a Trump porque lo representa. Esa sí es una identidad, a diferencia del culto identitario, que solo produce divisiones entre quienes antes eran compañeros de lucha.

Uno de los grandes errores, además de hablar como Lisa, es esperar que Homero use esas categorías elevadas o, por lo menos, que las entienda. Y eso no es real. El problema no es que Homero sea bruto. El problema es que la izquierda pretende que la gente hable su propio lenguaje en vez de hacer el esfuerzo de aprender el lenguaje de la gente. Pero si uno dice eso, le contestan que:

“que no, que así no se puede decir, que estás simplificando, que Homero también tiene saberes, que no hay que subestimarlos, que ese enfoque es elitista, que el problema no es el lenguaje sino el capitalismo, que toda crítica a la corrección política es funcional a la derecha, que revisar cómo hablamos es ya una forma de acción política radical, y que, además, habría que empezar pidiendo disculpas por el uso del nombre Homero como categoría analítica porque refuerza estigmas y reproduce violencias simbólicas que, aunque no maten, excluyen”.

Y esa corrección política no solo se ha vuelto un obstáculo en la comunicación, sino que también se ha convertido en el único campo de batalla. No hay más en donde pelear; basta la batalla semántica y lingüística, y si la ganamos, nos podemos ir a dormir tranquilos, aunque los muertos sigan en Gaza. La corrección política empezó como una herramienta contra la exclusión y, a veces, termina funcionando como una nueva forma de exclusión.

Por eso, antes, un internacionalista era alguien que fue a combatir en la Guerra Civil Española con las Brigadas Internacionales; luego fue quien estudió eso y, ahora, cualquier persona con un grupo de WhatsApp y cierta agilidad para corregir el lenguaje del otro.

Preguntarse hasta qué punto eso ha afectado los procesos políticos en Chile, Colombia, Brasil, España y otras partes del mundo no es desviar el debate; es una necesidad que las izquierdas no quieren asumir.

Esa noción de que hablar profundo es lo mismo que hablar oscuro nos llevó a perder lo simple; de la misma manera que, en la paranoia antropológica, le dejamos la ciencia a la derecha. Lo simple tiene una fuerza brutal que, por ejemplo, Trump entendió.

Si la izquierda no aprende a comunicarse en términos que Homero entienda sin sentirse ignorado ni ridiculizado, estamos condenados a discutir con nosotros mismos, como si las urnas fueran un salón académico y no una plaza pública donde la mayoría decide con su voto. La gente no necesita tutores morales ni profesores de conciencia política. Necesita propuestas que dialoguen con sus miedos, sus esperanzas y su experiencia de vida.

En otras palabras: no basta con tener razón; hay que hablar un idioma que el votante pueda entender sin pasar por la cátedra de Yale. Y eso, por ahora, sigue siendo la asignatura pendiente de un sector que prefiere hablar con Lisa mientras Homero decide su voto en silencio... y no precisamente a favor de la corrección política ni de la superioridad moral.

CON EL
MIEDO DE MI
FAMILIA NO
SE JUEGA



Segunda parte: Las causas profundas

4. La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el Pacto Histórico

Hace 106 años ya, antes de que existiera la Unión Soviética, un tal Lenin escribió un libro que los comunistas nos enrostraban en la universidad, titulado “La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo”, para decirnos de todo, desde aventureros hasta traidores.

Pues llegó el momento de desempolvar las enseñanzas de Lenin, que me cae mal por su odio visceral hacia los anarquistas, pero a quien debo reconocer que, en algunas cosas, tenía razón.

Decía Lenin que el partido (en ese caso, el obrero socialdemócrata, que era el partido comunista de entonces en Rusia) no es todo el pueblo ni es más importante que el país. El partido no podía alejarse de la gente; ahí estaba su valor. Y la gente real tiene la pésima costumbre de no comportarse como los manuales revolucionarios esperan que se comporte.

En cambio, la lógica de partido ortodoxo crea un “nosotros” que es puro, duro y solitario, como decía el finado Camilo Castellanos. Los “iluminados” de esa época eran como los puros y superiores morales de estos días. Pero no vine a hablar sino de lo que dijo Lenin. La pureza

ideológica tiene una ventaja extraordinaria: permite perder elecciones y, al mismo tiempo, sentirse moralmente superior a quienes las ganaron. Y frente al partido, al pueblo y al país había un “ellos”. Pero según los puros de 1920, eran todos los que criticaban, los que no comulgaban en la iglesia del partido y no se flagelaban en cada fiesta religiosa.

El problema de esto es simple: todo el que no está con nosotros está contra nosotros, y las grandes masas paseaban indiferentes ante los llamados de los puros poseedores de la verdad; unos puros, duros y, repito, en soledad. Y la soledad política tiene otra virtud: nunca obliga a negociar con la realidad.

Decía Lenin, hasta donde me acuerdo, que ganar una discusión no es lo mismo que ganar unas elecciones. Lenin insistía en la disciplina, pero desconfiaba de la disciplina inútil; la obediencia no reemplazaba la necesidad de convencer a las masas.

También sugirió que la antigüedad militante no debe reemplazar la capacidad política, porque el partido no es un fondo de pensiones para que la gente saque sus medallas y cuente sus batallas y, por ello, el pueblo lo siga; menos aún si el pueblo sigue pasando indiferente.

Otro punto, ojalá no me lo esté inventando, pero ya los leninistas purasangre de estos días me corregirán: una cosa es un debate interno y otra, una necesidad electoral, porque a quien hay que vencer en cada caso es diferente. Creo que no lo dijo con esas palabras, pero así lo interpreto.

Lenin se anticipó a esa consigna de los jóvenes comunistas de la Alemania Democrática que rezaban (rezar aquí no es una metáfora): “El partido siempre tiene la razón”. Claro, el partido era la dirigencia y la dirigencia era el dirigente.

Una de las grandes críticas a los seguidores de Lenin es que el poder se presentaba como una construcción de abajo hacia arriba cuando, en verdad, la dirigencia decidía a quién “coptar”, que es la forma elegante de decir que se decidían los cargos de arriba hacia abajo.

Lenin, aunque era autoritario, no le gustaba, por razones de eficacia política, confundir la centralización con la eficacia ni el liderazgo

con el control. Le molestaba la sensación de que las decisiones las toma un círculo reducido. El partido, en ese sentido, era angular en el proceso de cambio, pero no dejaba de ser un instrumento al servicio de un programa.

Lenin salía a las plazas, iba a los barrios, conspiraba todo el tiempo. Pero sabía que, sin oír a la gente o, mejor, sin que la gente se sintiera escuchada, el proceso quedaría entre los cuatro del partido, los puros y duros. La gente no necesita vanguardias ilustradas que le expliquen su propia vida. Necesita organizaciones capaces de escucharla y aprender también de ella.

Por eso no dudó en decir: «Vamos a participar en las elecciones del parlamento burgués» y supo que no se puede sustituir el contacto con la sociedad por reuniones entre dirigentes. Por eso fue eficaz cuando levantó la bandera de la paz en plena Primera Guerra Mundial; no sé si lo recuerdan: la toma del Palacio de Invierno fue probablemente una de las insurrecciones urbanas menos sangrientas de la historia moderna.

Lenin supo que no se trataba de abrir las puertas de la oficina del partido y decirles a los jóvenes “vengan, que aquí cabemos todos”, sino que había que ir a buscarlos. Sabía que no ganaría su apoyo sin tener en cuenta sus angustias cotidianas.

Lenin reprochaba a los izquierdistas creer que basta con tener razón ideológica para triunfar políticamente; seguir hablando en lenguaje de militancia; dejar de persuadir para limitarse a reafirmar identidades; leer discursos como si fueran clases universitarias; pensar que los programas bastan sin emociones; mandar estafetas a hablar con potenciales aliados cuando hay que mandar la caballería.

La política revolucionaria, sugería Lenin, no consiste en proclamar verdades correctas sino en encontrar la forma concreta de influir sobre millones de personas. Seguimos sin entender la diferencia entre táctica y estrategia.

No se trata de elegir el terreno ideal, sino de trabajar en el terreno real. Crear organizaciones puras pero pequeñas puede ser ideológicamente

satisfactorio, pero políticamente irrelevante. No podemos creer que cualquier compromiso sea una traición.

Según Lenin, una política incapaz de adaptarse a las circunstancias concretas termina siendo una forma de impotencia política. El izquierdismo tiene una ventaja indiscutible: permite perder elecciones con enorme tranquilidad moral.

Ese viejo, calvo y orador efusivo, entendió mucho de política e hizo una revolución que literalmente cambió el mundo. En esa época no había tiktok, pero igual había pobres, gente desesperanzada. Lenin dio esperanza. No se conformó con ver caer al zar; se la jugó por completo y ayudó a cambiar el mundo.

Lenin desconfiaba de quienes confundían el aplauso de los convencidos con el respaldo popular. Sabía que una reunión de cien camaradas que piensan exactamente igual puede ser muy agradable para la autoestima, pero no necesariamente modifica el resultado de una elección, ni cambia una ley, ni mejora la vida de nadie.

Las sectas suelen tener unanimidad; los movimientos políticos, contradicciones. Las sectas tienen la comodidad de la unanimidad; la democracia tiene la incomodidad del desacuerdo.

Él cometió errores y sus seguidores no fueron ángeles ni puros, pero no se trata de eso. Se trata de cómo la gente ha hecho política desde Marco Aurelio hasta hoy, pasando por Rusia y sus zares. Nunca me imaginé recordar con tanta pasión eso de que el izquierdismo es una enfermedad que puede ser mortal.



5. ¿Y si Lenin tuviera razón?

Hay autores que hoy probablemente serían expulsados de su propio partido. Vladimir Lenin podría ser uno de ellos. No soy leninista y tampoco creo que la Colombia de 2026 necesite importar las recetas de la Rusia de 1917.

Pero hay algo difícil de ignorar: buena parte de quienes han dirigido el Pacto Histórico, o por lo menos de quienes han contribuido a garantizar su derrota electoral, se formaron en ambientes profundamente marcados por la cultura leninista. Precisamente por eso resulta tan llamativo que hayan terminado haciendo exactamente lo contrario de algunas de sus enseñanzas más elementales.

La primera es que la política no es espontaneidad. Lenin dedicó miles de páginas a la organización política. Nosotros descubrimos que un grupo de WhatsApp, una cadena de mensajes y algunos trinos también pueden considerarse un partido. Las redes sociales pueden acelerar la movilización, pero no reemplazan la organización.

La segunda es que una organización política no es una suma de individualidades. Pero con frecuencia el Pacto Histórico ha parecido más una federación de egos que un proyecto colectivo. Cada dirigente administra su pequeño feudo político y lo defiende con el mismo fervor con que otros defendían las fronteras patrias. El caudillismo tiene una extraña capacidad para hablar en nombre de lo colectivo mientras debilita las capacidades colectivas.

La tercera es la importancia de la formación política. Lenin era casi obsesivo con la educación de los cuadros. Nosotros hemos realizado otro experimento: tener miles de militantes y muy pocos espacios sistemáticos de formación. La improvisación terminó convirtiéndose en doctrina.

La cuarta es que el poder se construye territorialmente. Durante años se confundió ganar unas elecciones con construir poder social. Los votos llegaron más rápido que las estructuras. Y una organización que es electoralmente enorme pero territorialmente débil termina pareciéndose a esos edificios que impresionan desde la calle y que, al primer temblor, muestran que nunca tuvieron buenos cimientos. Los gobiernos pueden ganar elecciones; las organizaciones son las que sobreviven a las derrotas.

La quinta es que el Estado no sustituye la organización social. Llegar al gobierno era una condición necesaria, pero nunca suficiente. Sin embargo, en algunos sectores de la izquierda se instaló la idea de que un decreto podía reemplazar el trabajo de base, que un ministerio podía sustituir la organización popular y que el poder institucional equivalía automáticamente al poder político. Confundir el gobierno con el poder social es una de las formas más eficaces de desarmarse políticamente.

La sexta es la disciplina. No la obediencia ciega, sino la capacidad de deliberar, decidir y actuar colectivamente. En cambio, nosotros solemos transformar las diferencias en competencias de pureza ideológica, las discrepancias en conflictos de facciones y las discusiones internas en episodios públicos de autodestrucción.

La séptima es quizá la más interesante. Lenin insistía en identificar la contradicción principal de cada momento político. Nosotros hemos perfeccionado el método: primero convertimos la contradicción principal en la más fácil; después, en la única. Y terminamos librando casi exclusivamente las batallas que pueden ganarse en un trino. La política de las pequeñas batallas simbólicas produce una extraña satisfacción: permite sentirse radical sin alterar en gran medida las relaciones de poder.

La octava es la necesidad de construir cuadros políticos. Los cuadros no aparecen espontáneamente ni se fabrican mediante nombramientos. Requieren tiempo, aprendizaje, experiencia y trabajo colectivo. Pero hemos actuado como si los liderazgos pudieran surgir por decreto o por proximidad al poder.

La novena es que las masas no son un público espectador. La ciudadanía no existe únicamente para votar cada cuatro años ni para defender dirigentes en las redes sociales. También existe para deliberar, exigir, cuestionar y corregir. La política, convertida en una relación entre dirigentes y espectadores, termina por parecerse más a un espectáculo que a un proyecto transformador. La ciudadanía no es la barra brava de sus dirigentes.

Y la décima es probablemente la más incómoda de todas: las victorias pueden ser el comienzo de los problemas. La derrota de hoy no comenzó cuando aparecieron las encuestas adversas ni cuando se acercó la campaña electoral. Empezó el mismo día de la victoria, cuando se creyó que ganar la presidencia resolvería automáticamente las debilidades organizativas acumuladas durante décadas. Se confundió la llegada al gobierno con la construcción de una fuerza política duradera.

Tal vez la gran ironía sea esta: muchos de los dirigentes que ayudaron a construir el Pacto Histórico aprendieron política en tradiciones fuertemente influidas por el leninismo. Estudiaron durante años cómo se organiza una fuerza política, cómo se forman cuadros, cómo se construye poder social y cómo se distingue entre táctica y estrategia. Y luego actuaron como si nunca hubieran aprendido nada. Tal vez la gran ironía sea esta: se llegó al gobierno más rápido de lo que se construyó la fuerza política capaz de sostenerlo.

No soy leninista. Pero confieso cierta perplejidad: después de observar lo ocurrido, uno termina preguntándose, casi con vergüenza intelectual, si en algunas cosas Lenin no tendría razón.



Tercera parte:

La autopsia y la reconstrucción

6. Cómo perder antes de perder

Confundir una derrota electoral con una victoria moral es una gran ingenuidad. Culpar al adversario de los propios errores es una forma particularmente tierna de autocrítica. Y repetir, después de la derrota, exactamente las mismas ideas que contribuyeron a producirla es probablemente la manera más eficaz de garantizar que vuelva a ocurrir. Las derrotas rara vez comienzan el día en que se cuentan los votos; casi siempre empiezan cuando se deja de aprender de los propios aciertos.

Hay derrotas que llegan de repente y otras que tienen la delicadeza de anunciarse durante años. Estas últimas son las peores: uno las confunde con el éxito, las celebra, las fotografía y, cuando finalmente aparecen los resultados, descubre que llevaban bastante tiempo viviendo entre nosotros. Las organizaciones suelen derrumbarse mucho después de dejar de escuchar.

La primera ilusión consiste en creer que quienes llegaron juntos hasta un mismo punto querían exactamente lo mismo. En política, las coaliciones suelen parecerse a esas excursiones de amigos que funcionan de maravilla hasta que alguien pregunta quién paga la cuenta. El adversario común logra unirlos; el ejercicio del poder se encarga de recordarles sus diferencias. Las alianzas duraderas no se construyen solo contra un enemigo común, sino también en de un horizonte compartido.

La segunda ilusión consiste en confundir una mayoría electoral con un consenso social. Los votos son una fotografía; las sociedades son una película. El problema comienza cuando se confunden ambas cosas y se supone que el país ha decidido convertirse, de una vez y para siempre, en una versión ampliada de nuestras propias convicciones. La hegemonía social exige mucho más que ganar elecciones: requiere organizaciones, una cultura política y una presencia permanente en la vida cotidiana.

La tercera ilusión consiste en imaginar que el adversario ha desaparecido. Como si millones de personas se levantaran una mañana, leyeran unos resultados electorales y decidieran cambiar de opinión antes del desayuno. Los derrotados también aprenden, se reorganizan y esperan. Además, tienen la desagradable costumbre de no leer nuestros comunicados.

La cuarta ilusión consiste en creer que ocupar el gobierno equivale a conquistar el poder. Uno entra a los despachos, hace nombramientos, recibe honores y termina creyendo que las llaves del edificio también abren las puertas de la sociedad. La realidad suele ser bastante menos colaboradora. Ningún gobierno sustituye a una sociedad organizada ni a una ciudadanía capaz de actuar por sí misma.

Las esperanzas, además, tienen una característica incómoda: crecen mucho más rápido que la capacidad de satisfacerlas. Las expectativas viajan en avión; las instituciones suelen desplazarse en mula.

La quinta ilusión es reducir la política al tamaño de las camarillas. El país desaparece, la sociedad se convierte en un decorado y todo termina explicado por las maniobras de unos dirigentes, las traiciones de unos aliados o las conspiraciones de unos adversarios. Las camarillas tienen otra virtud: hacen creer que todo se decide entre dirigentes, cuando las derrotas importantes siempre se incuban mucho más abajo.

La sexta ilusión consiste en atribuir a un liderazgo virtudes taumáticas. Los liderazgos son indispensables; el problema comienza cuando se espera que una persona resuelva contradicciones que llevan años acumulándose. La política se convierte entonces en una larga espera de milagros y las derrotas terminan pareciendo problemas de casting.

La séptima ilusión es el oportunismo que suelen atraer los momentos de mayor optimismo. Aparecen convicciones repentinas, adhesiones súbitas y fervores inesperados. El oportunista posee un notable sentido de orientación política: siempre sabe dónde está el poder y rara vez se ve cerca de las derrotas.

La octava ilusión es la de cierta izquierda aristocrática que se siente más cómoda conversando consigo misma que en entender el país que pretende representar. Conoce admirablemente sus propios debates, pero a veces parece sorprendida por la existencia de ciudadanos que no encajan en sus teorías. La realidad tiene una costumbre irritante: negarse a organizarse según nuestras explicaciones. La sociedad no es una correa de transmisión de nuestras ideas; también es el lugar donde esas ideas deben ser interpeladas y cambiadas.

La superioridad moral tiene muchas virtudes, salvo tres: no cuenta votos, no construye mayorías y tampoco modifica por sí sola las relaciones de fuerza. Sentirse moralmente superior puede producir una gran satisfacción personal. Y, sobre todo, la capacidad de construir con quienes no piensan exactamente como nosotros.

La política tampoco avanza en línea recta. Se parece mucho más al juego de la serpiente y la escalera. Después de varios peldaños de ascenso, una sola casilla puede devolvernos al comienzo. La historia, además de ironías, posee un considerable sentido del humor.

Miradas retrospectivamente, algunas derrotas parecen menos un accidente que una larga cadena de malentendidos. La derrota electoral suele ser apenas el certificado de defunción. La enfermedad se había declarado años antes, precisamente cuando casi nadie imaginaba que existía. Por eso las derrotas deberían estudiarse menos como accidentes y más como procesos de larga duración.

La política es demasiado importante para reducirla a disputas de camarillas, a competencias de egos o a ejercicios de autoafirmación moral. Sus errores rara vez quedan en el papel. A veces se paga con derrotas. Y a veces se pagan con muertos. Por eso la política no puede reducirse a la administración del gobierno: necesita organizaciones, memoria, de-

mocracia interna y una sociedad capaz de sostener los cambios más allá de los ciclos electorales.

No, nada de esto fue escrito pensando en nuestro país ni en ninguna experiencia política reciente. Su autor intentaba comprender por qué algunas fuerzas políticas comienzan a perder mucho antes de que se les notara. Lo escribió Karl Marx hace ciento setenta y seis años. Me encontré el texto por accidente hace unos días y tuve la desagradable impresión de estar leyendo el acta de defunción de una derrota que todavía algunos se resisten a reconocer.



7. Táctica, estrategia y la casa remendada

El eterno problema de la táctica y la estrategia es que creemos que la estrategia es el día a día y la táctica, la meta final, cuando es exactamente al revés. La táctica son los escalones; la estrategia es el segundo piso. La táctica resuelve los problemas del presente; la estrategia impide que el presente termine devorando el futuro.

El problema es que muchas izquierdas terminan viviendo en una casa remendada. Aparece una gotera y se cambia una teja. Se cae una pared y se la apuntala. La cocina se incendia y corre un mueble. Después de muchos años de reparaciones, terminamos convencidos de que la acumulación de arreglos equivale a haber construido una casa nueva. Una casa puede mantenerse en pie durante años y, sin embargo, puede haber sido olvidada de lo que fue construida.

La estrategia no es el conjunto de decisiones urgentes ni el arte de administrar la coyuntura, sino el fin último, el horizonte al que se camina incluso cuando el camino es errático. La estrategia es la sociedad que se quiere construir, no el parche que evita que todo se derrumbe mañana. Por eso toda estrategia necesita revisarse a la luz de la realidad: cuando deja de dialogar con ella, empieza a convertirse en doctrina.

Algo parecido a lo que Tomás Moro llamó *Utopía*: no un plano arquitectónico listo para ejecutarse, sino la descripción de una sociedad distinta que sirve de espejo incómodo del presente. La estrategia no se mide por su viabilidad inmediata, sino por su capacidad de orientar las tácticas.

Y bueno, a esto podemos agregar otro componente: la contradicción principal y la secundaria. El problema es que durante mucho tiempo algunas izquierdas actuaron como si las demás contradicciones no existieran: ni las de género ni las de etnia ni, por supuesto, las expresiones culturales o religiosas. El riesgo aparece cuando cualquier contradicción —ya sea la de clase o la identitaria— pretende explicar por sí sola toda la realidad. Toda mirada única termina volviéndose ciega.

Por eso las FARC nunca pudieron entender a los indígenas del Cauca: eran incapaces de ver más allá de la clase social. Muchos wokistas de hoy son incapaces de hablar de ricos y pobres porque el problema central es identitario. A partir de allí se construyen mundos que, precisamente por su simplismo, son incapaces de ofrecer respuestas y terminan por generar dogmas.

El sujeto político del cambio no puede reducirse a una identidad particular ni a una suma de identidades fragmentadas. Es, más bien, la suma —siempre conflictiva— de quienes necesitan el cambio material de la sociedad para vivir con dignidad. No existe un sujeto histórico puro; existen mayorías que se construyen políticamente.

Eso incluye luchas identitarias legítimas, pero no puede permitir que lo identitario sustituya o diluya el núcleo transformador que históricamente han encarnado el obrero, el campesino y, en general, quienes viven de su trabajo.

Cuando lo identitario reemplaza a la desigualdad como eje, el conflicto se moraliza y pierde su potencia política. No se trata de negar esas luchas, sino de impedir que se conviertan en el nuevo dogma que invisibiliza la explotación. Las causas no compiten entre sí; el desafío consiste en articularlas sin que ninguna pretenda borrar a las demás.

El problema del progresismo no es el progresismo, sino que nos quedamos en él, como en un techo que nos colocamos nosotros mismos. ¿Se puede derrumbar la casa en un día y garantizar su reconstrucción en otro, de modo que nadie tenga que aguantar el frío durante la reconstrucción? Por supuesto que no. El problema es qué tan grandes deben ser las vigas y cuánto tiempo deben durar.

El reformismo es la alternativa y la táctica de reformar algo se convierte en la estrategia, es decir, en el fin último. Al final, terminamos inaugurando cada viga con discursos solemnes y cortando la cinta de cada parche, como si acabáramos de fundar una nueva sociedad. El problema no es reformar, sino olvidar exactamente qué se quería transformar.

Y hay quienes plantean que lo que hay que hacer es derrumbar la casa ya mismo porque lo único que nos queda es ya. El problema es: mientras construimos la casa, ¿qué? Ninguna transformación democrática puede pedirle a la gente que deje de vivir mientras espera el futuro.

Algunos procesos revolucionarios han tratado precisamente de enfrentarse a la tensión entre la táctica y la estrategia. Robespierre bien podría decir que la guillotina no era una estrategia, sino una necesidad táctica para resolver las contradicciones internas.

La discusión sería, primero, si ese método es adecuado y válido desde una moral revolucionaria y, segundo, el gran riesgo de que la guillotina no se convierta en una táctica, sino en una estrategia: una herramienta de hoy convertida en un mecanismo de control social permanente. Toda herramienta excepcional tiende a perpetuarse cuando desaparecen los controles democráticos.

Tenemos procesos en los que el estalinismo se convirtió en estrategia y el partido reemplazó a los soviets; la dictadura del proletariado que había soñado Marx se convirtió en la dictadura del partido comunista. Y otra vez, la táctica y la estrategia no lograron alinearse. Ninguna organización debería confundirse con la sociedad que pretende representar.

En la India, Gandhi logró la independencia, pero no desmontó el sistema de castas. La descolonización fue una enorme victoria política, pero no eliminó las desigualdades internas. Cambiar al dominador no siempre implica modificar las relaciones de dominación. ¿Era para Gandhi la libertad un sueño o solamente un sueño decolonial? Pues lo logró: descolonizó la India. Cuando todo es colonial o decolonial, la lucha y la agenda locales desaparecen.

El otro problema de la India es el identitario. Por andar pendientes de la identidad religiosa, terminaron creando países como Pakistán y Bangladesh, mientras la injusticia socioeconómica seguía tal cual. Cuando una identidad termina por explicarlo todo, la desigualdad encuentra la manera de sobrevivir con otro nombre.

Otro ejemplo interesante es Sudáfrica. Sin duda, había que luchar contra el apartheid. Pero allí la transición política no tocó fondo de la estructura económica. Sudáfrica sigue siendo uno de los países más desiguales del mundo. Hoy no hay apartheid contra los negros, pero sí hay apartheid contra los pobres, que en su mayoría son negros. Una victoria política no garantiza, por sí sola, una victoria histórica.

La arquitectura urbana de Sudáfrica de hoy perpetúa formas de apartheid. Ni Gandhi fue capaz de entender que había que ir más allá de lo colonial, ni la gente que siguió a Mandela fue capaz de entender que la tarea iba más allá de la segregación étnica y también tenía que ver con la segregación económica. Cambiar el letrero de la puerta no siempre implica cambiar la casa.

Y no está de más recordar que cada cierto tiempo las elecciones nos pasan la cuenta. Las sociedades también votan sobre los horizontes que se les ofrecen y sobre la capacidad de distinguir entre una casa nueva y una sucesión interminable de reparaciones.

Tal vez la utilidad de la *Utopía* de Tomás Moro no fuera decirnos cómo organizar una sociedad perfecta, sino recordarnos que aceptar como natural el orden existente es la forma más sofisticada de derrota.

Pensar la estrategia es atreverse a imaginar una sociedad que aún no existe. Confundir ese horizonte con la táctica es resignarse a vivir eternamente en la casa remendada, celebrando cada viga como una victoria histórica. Y olvidar la utopía no nos vuelve realistas: nos vuelve administradores del desastre.

Una casa remendada puede protegernos de la lluvia durante un tiempo, pero si olvidamos cómo era la casa que queríamos construir, terminaremos defendiendo los remiendos como si fueran el horizonte.



8. Volver: de la calle al palacio

(30 de junio de 2026)

Después de mirar el gobierno desde el palacio y pensar en la derrota, creo que ha llegado la hora de volver a la calle. Porque el futuro de la izquierda no se decidirá primero en las urnas, sino en su capacidad de reconstruirse entre la gente.

Seguiremos mal si les hacemos caso a esas voces tibias que no se la jugaron por las reformas en el gobierno de Petro y ahora salen a llamarnos a fijarnos única y exclusivamente en las elecciones regionales, como si las personas de la izquierda no pensarán, sino que fueran simplemente votos para llamarlos antes de las elecciones. ¡Grosería tan grande! Las elecciones son importantes, pero las organizaciones que solo existen durante las elecciones ya empezaron a perder las siguientes.

La gente no es un depósito de votos. La gente no aparece cada cuatro años ni cada vez que alguna dirigencia necesita cubrir plazas, cuidar mesas o poner la cara en los territorios. Llamar ahora, sin más, a mirar las elecciones regionales sin antes abrir un debate de fondo es, otra vez, manosear a la gente.

Precisamente porque queremos volver al gobierno en 2030, no podemos saltarnos las discusiones difíciles. Creer que se puede pasar directamente a candidaturas, avales y alianzas regionales, sin discutir previamente la organización, la agenda, el sujeto político y la democracia interna, es el primer paso para asegurar la derrota de 2030. Y después, por supuesto, vendrán los análisis brillantes que dirán que la culpa fue de la gente.

Me atrevo, desde mi condición de ciudadano de a pie, a proponer los siguientes debates antes de meternos a hablar del próximo reto electoral, que parece ser la única agenda de algunos.

¿Es el Pacto Histórico la organización más adecuada? Estamos en el momento de pensarnos y es en este momento. El Pacto no es más que una suma de fuerzas, que no es poca cosa, pero no ha tenido un congreso fundacional que lo trascienda y lo identifique mucho más allá de la mera suma de intereses.

Esa coalición es un conjunto de buenas, pero también de malas prácticas políticas con las que se llegó a enfrentar a las elecciones pasadas. Eso implica que discutamos, por ejemplo, si ese nuevo partido es lo suficientemente sólido como organización para gestionar el proceso o si apenas estamos cambiando de nombre para seguir haciendo lo mismo.

Hay que discutir si queremos un partido, un movimiento o una simple coalición electoral. Porque no es lo mismo una herramienta para ganar elecciones que una organización para construir poder popular. No es lo mismo una lista que un proyecto. No es lo mismo una sigla que una militancia. Y tampoco es lo mismo una organización que una maquinaria electoral.

¿Quiénes son los líderes? Y no hablo de los líderes naturales, sino de los autodenominados líderes que, algunos de ellos, desconocen a los líderes elegidos en las elecciones, como, por ejemplo, los senadores de la nueva bancada.

Y hay que preguntarse cuál será el régimen democrático dentro de ese partido y si será un partido realmente democrático o si se repetirán las viejas prácticas clientelares de las que la izquierda no es ajena. Y si va a haber derecho a la crítica, porque si se impone el silencio como norma y la complacencia estalinista, pues es muy difícil avanzar y hablar de un partido realmente democrático o de una propuesta democrática. También habría que preguntarse cómo evitar que el partido termine por reemplazar a la sociedad que pretende representar. La organización debe ser un instrumento del cambio, no el fin del cambio.

También sería un error aplazar indefinidamente la democratización de nuestras propias organizaciones bajo el argumento de preservar la unidad. La unidad no consiste en evitar las discusiones, sino en construir mecanismos legítimos para resolverlas. Una organización que teme deliberar termina reemplazando la política por la obediencia y la confianza por el silencio.

Vale la pena discutir cuáles son los mecanismos de rendición de cuentas de esa nueva bancada ante las bases que la eligieron. Eso es fundamental para entender qué tipo de organización se tiene para enfrentar, desde la oposición y de manera decente, lo que corresponde.

Hay que hablar de burocratización, aunque a algunos les moleste. Porque una cosa es construir organización y otra, muy distinta, es convertir la política en el reparto de puestos, cuotas, direcciones y pequeñas vanidades. La izquierda no puede denunciar la politiquería de los demás para después practicarla con un lenguaje progresista. Una organización política debería medirse menos por la cantidad de cargos que controla y más por la cantidad de sociedad que es capaz de organizar.

También hay que retomar la formación de cuadros. La izquierda se acostumbró demasiado a las redes sociales, a la administración pública y a los cargos, pero descuidó el estudio, la discusión de ideas, la pedagogía política y la formación de nuevos liderazgos. No basta con tener influenciadores, funcionarios o candidatos; se necesita gente formada para pensar, organizar y resistir.

Los cuadros no se forman en las oficinas ni en las redes sociales. Se forman en los barrios, las universidades, los sindicatos, las veredas y las discusiones con la gente. Esa tarea debió resolverse antes de llegar al Gobierno. Si no es así, resulta fácil decepcionar a la gente.

Segundo, el debate sobre la agenda. Hay una agenda pendiente del gobierno de Petro que hay que analizar de manera crítica y profundizar ahora desde la oposición, tanto en las calles como en el parlamento. Y eso implica, primero, la identificación de esa agenda y la coherencia entre lo que dice la calle y lo que dicen la bancada y el partido. Una agenda no puede ser el producto de los despachos; debe ser el resultado de una conversación permanente con la sociedad.

Porque es muy difícil avanzar si, como en el paro nacional (que ahora algunos llaman un estallido social, aunque en su momento lo llamamos paro), las bases, los muchachos y la gente de la calle iban por un lado, mientras la dirigencia, en ese caso, del Comité Nacional del Paro, iba por otro.

Esa agenda implica discutir con rigor las grandes reformas sociales, no para defenderlas acríticamente ni para abandonarlas, sino para corregir sus errores y fortalecer sus aciertos. Pero también implica discutir el trabajo y el rebusque cotidiano de millones de personas, el acceso a la tierra, la educación, el transporte, los servicios públicos, el abandono de las regiones y el futuro de los jóvenes. Eso no requiere tecnicismos; requiere escuchar.

Los debates sobre paz y seguridad también son urgentes. El debate de la seguridad urbana, del señor al que le roban el celular, de la señora a la que asaltan en su tiendita, no es un problema de la derecha. No podemos evadir estos asuntos sangrantes por estar solo pensando en los temas identitarios.

Eso también es un problema de la izquierda y, en buena parte, no se puede responder simplemente hablando de la paz total o de abstracciones que no cogen cuerpo. Es decir, si la seguridad humana no coge carne en las propuestas cotidianas de la gente, pues eso no deja de ser un discurso. La seguridad también consiste en que la gente pueda caminar tranquila por su barrio. Renunciar a ese debate es regalárselo a la derecha.

Otro debate es el de la política exterior. Ya se ha dicho claramente que estamos en contra del genocidio. El problema es que, dentro del gobierno de Petro, desafortunadamente —y hay que admitirlo—, la burocracia de la Cancillería no permitió avanzar en un proyecto de solidaridad real.

La política exterior del país ahora sí que va a estar mucho más a favor del sionismo, en parte porque tampoco hicimos la tarea de solidaridad internacional que había que hacer en la dimensión que se necesitaba, por ejemplo, con Cuba, con Haití o con la misma Palestina.

Otro debate muy complejo es el de las Fuerzas Armadas. No son las Fuerzas Armadas del cambio. Se requiere la capacidad de analizar la doctrina militar, el vínculo reportado desde el territorio entre militares y paramilitares y, por supuesto, la influencia de los Estados Unidos.

Mientras no seamos capaces de enfrentar a las Fuerzas Armadas no como enemigo estructural, porque todos los Estados tienen Fuerzas Armadas por definición, sino como aliadas de unas élites, entonces no vamos a avanzar en el proceso democrático porque, la verdad, a veces el poder no hay que buscarlo tanto en el Palacio de Nariño, sino en el Club El Nogal y en el Ministerio de Defensa.

Y también hay que preguntarse cómo someter el poder militar al control efectivo de la democracia, porque no hay república posible cuando las armas terminan teniendo más poder que los ciudadanos.

Y, por supuesto, el debate sobre impuestos, porque se requieren recursos y ese debate impositivo la bancada lo debe tener claro, pero el pueblo lo debe tener aún más claro para estar informado de por dónde dar los debates.

Fijémonos en que los análisis que aparecen muestran que, en las elecciones pasadas, la gente votó con perspectiva de clase y fue la clase la que determinó la agenda. Fueron los sectores más pobres quienes votaron y quienes no votaron, desde la cotidianidad, no desde la intelectualidad.

Entonces, la agenda que se construya, sea la que sea, debe reflejar la postura de clase de quienes votaron. Y eso nos mete en otro debate: el del sujeto político.

El desafío no es escoger entre la lucha de clases y las demás luchas, sino construir un proyecto político capaz de articularlas sin que ninguna pretenda borrar a las demás. Como decía aquel famoso multimillonario estadounidense, la lucha de clases existe y lo que pasa es que los ricos la van ganando, lo cual es diferente.

Eso del sujeto político hay que mirarlo en función de si se quiere hablarle al país o a un sector. No es el obrero de Marx, porque además el

grado de sindicalización en Colombia es muy bajo y nuestra economía es profundamente informal. Tampoco es el campesino de Mao, pero mucho menos el indígena de los zapatistas.

El sujeto político no está dado de antemano. Se construye. No es una identidad, una profesión ni una categoría social; es una mayoría capaz de reconocer intereses comunes y organizarse para defenderlos.

Pasemos a las elecciones regionales. Sin duda son importantes. La pregunta que hay que hacerse es si esas elecciones van a recoger la agenda regional y local, porque estamos ante una izquierda que no tiene propuestas regionales concretas y sigue montada en un modelo centralista.

La gente de las regiones no tenía canales efectivos de comunicación con la estructura del Pacto Histórico en Bogotá. Hay una gran queja sobre la política de avales: los avales deben ir de abajo hacia arriba y no de arriba hacia abajo.

Aclaro, además, que los avales son, por definición, una forma perversa de la democracia, en cuanto unos se creen con el derecho legal y formal de decidir quién puede participar como candidato.

Los avales solo tendrán legitimidad si son la expresión de procesos democráticos reales y no el mecanismo mediante el cual unas dirigencias reproducen su propio poder.

Eso implica que la selección de candidatos la decidan las bases del Pacto, porque son esas las que finalmente van a movilizar al electorado, porque sienten identidad y porque han elegido a alguien de los suyos. Porque el problema no es simplemente ganar unas regionales. El problema es si estamos construyendo un proyecto político capaz de volver al gobierno.

Claro, entonces, por lo menos para mí, el debate no tiene nada que ver, simplemente, con quién ponemos de candidato regional, sino con quemar unas etapas necesarias, entre las cuales la primerísima es permitir la evaluación crítica de lo que pasó.

La evaluación crítica no es una concesión que las dirigencias hagan a las bases. Es una obligación democrática. Evaluar no es hacer pataleta. Criticar no es sabotear. Pensar no es traicionar. Una organización que teme a la crítica termina temiendo también a su propia militancia.

Una campaña hecha fundamentalmente por la gente en la calle le corresponde y le pertenece a la gente, y es a ella a quien se debe oír, y no a nadie con nombre propio. La verdad es que el poder no siempre está en el Palacio de Nariño. Y por eso, para volver al gobierno, primero hay que volver a la calle.



9. Lo que se viene pierna arriba

(8 de julio de 2026)

Lo que se viene, pierna arriba, no es poco ni fruto de la paranoia. Esto, además, demuestra que lo que se perdió no fueron simplemente unas elecciones: se fracturó un proceso político hacia el cambio.

Desmonte del Estado social: Ya nos dicen que el Estado está demasiado gordo y que ha llegado la hora de ponerlo a dieta. Curiosamente, esas dietas casi nunca empiezan por las exenciones tributarias de los más ricos. Empiezan por las instituciones públicas, el empleo público y los programas sociales. Vendrán fusiones de entidades, desapariciones disfrazadas de modernización, privatizaciones llamadas a la eficiencia y una reducción deliberada de la capacidad del Estado para regular la economía.

Buena parte de las reformas sociales del gobierno de Petro quedarán bajo presión. No será simplemente un Estado más pequeño. Será un Estado más débil para proteger a los de abajo y bastante más amable con los de arriba.

Disminución de las libertades: También nos dirán que la democracia sigue intacta porque las elecciones siguen existiendo. Las urnas probablemente seguirán allí. Lo que cambiará será todo lo que ocurre entre una elección y otra.

No hace falta prohibir la protesta; basta con volverla lo suficientemente costosa en vidas humanas. No hace falta ilegalizar sindicatos, organizaciones campesinas o indígenas; les basta con convertirlos en sospecho-

sos permanentes; no hace falta cerrar periódicos; les basta con que los periodistas entiendan hasta dónde pueden llegar.

Tampoco hace falta denunciar el Sistema Interamericano de Derechos Humanos, basta con dejar de escucharlo. La democracia rara vez desaparece de un día para otro. Normalmente se va encogiendo mientras nos repiten que goza de excelente salud.

La paz, a la guerra: La paz también cambiará de nombre. Volveremos a escuchar que negociar era ingenuo y que la autoridad consiste, ante todo, en bombardear, fumigar con glifosato, construir mega-cárceles y aumentar el pie de fuerza.

Lo preocupante no es solo el cambio de estrategia. Es que cuando la guerra vuelve a mandar, también regresan los despojos de tierras, el fortalecimiento de los discursos paramilitares y el inevitable aumento de las violaciones de derechos humanos. En Colombia la guerra nunca llega sola. Siempre trae una larga lista de funerales.

Medio ambiente: Con el medio ambiente ocurrirá algo parecido; nos explicarán que primero hay que crecer y después proteger la naturaleza, como si lleváramos cincuenta años escuchando un argumento distinto.

El fracking volverá a presentarse como realismo económico; la expansión petrolera y minera será llamada desarrollo; la transición energética dejará de ser una prioridad y el cambio climático volverá a ocupar el cómodo lugar de los problemas que siempre pueden esperar. Los ecosistemas estratégicos tendrán que aprender, una vez más, que el mercado posee una curiosa facilidad para declararlos sacrificables.

Relaciones internacionales: También cambiará el lugar de Colombia en el mundo. Se celebrará el regreso a una política exterior seria, que casi siempre implica volver a mirar hacia Washington antes que hacia América Latina.

La solidaridad con Palestina será archivada como un exceso ideológico, la relación con Israel recuperará su lugar privilegiado y el multilateralismo dejará de ser una prioridad. Nos dirán que recuperamos el prestigio

internacional. En realidad, habremos recuperado una vieja costumbre: permitir que otros definan buena parte de nuestras prioridades.

Las zonas rurales: La reforma agraria será presentada como una extravagancia ideológica, un experimento fallido o una amenaza a la propiedad privada. Nos dirán que el verdadero desarrollo del campo depende de la gran inversión, de la agroindustria y de dejar actuar al mercado. La concentración de la tierra volverá a llamarse eficiencia y el latifundio recuperará el prestigio que nunca perdió del todo.

Lo que veremos será una desaceleración de la redistribución y formalización de tierras, el debilitamiento de la Jurisdicción Agraria, la pérdida de impulso de la restitución y de la institucionalidad rural. También la reforma rural prevista en el Acuerdo de Paz dejará de ser una prioridad.

Desmontar la reforma agraria no consistirá simplemente en cambiar una política pública. Significará restaurar uno de los viejos equilibrios sobre los que históricamente ha descansado el país.

La cultura política: la mano dura volverá a cotizar al alza, la autoridad empezará a confundirse con la obediencia y la negociación será presentada como una señal de debilidad.

Las iglesias conservadoras aumentarán su influencia sobre las decisiones públicas y volverán las discusiones sobre derechos sexuales, reproductivos y diversidad, incluyendo el tema del aborto.

Poco a poco, las organizaciones sociales dejarán de ser interlocutores incómodos para convertirse simplemente en estorbos. La participación seguirá apareciendo en los discursos oficiales; lo difícil será encontrarla en la práctica.

La ventaja de escribir sobre el futuro es que, a veces, el futuro tiene la cortesía de empezar antes de tiempo. El empalme dejó de entenderse como un procedimiento técnico para convertirse en un escenario de confrontación política.

Se anunciaron auditorías y equipos de abogados para denunciar al gobierno saliente, y el proceso terminó suspendido por decisión del pro-

pio presidente electo. Todavía no habían recibido las llaves de la Casa de Nariño y ya buscaban las del Palacio de Justicia.

También volvió el viejo estilo de la mano dura. Se anunció el regreso de generales retirados por el presidente Petro; militares en retiro fueron llamados a ocupar puestos estratégicos y reapareció la propuesta de organizar cuerpos civiles urbanos de seguridad. Colombia conoce demasiado bien ese libreto.

En las zonas rurales, campesinos beneficiarios de tierras entregadas por el gobierno denunciaron amenazas, presiones y expulsiones de sus predios mediante prácticas que evocan el viejo repertorio paramilitar. Colombia lleva décadas viendo repetirse la misma secuencia: primero llegan las amenazas, después el miedo y, finalmente, la tierra vuelve a cambiar de dueño.

El nuevo gobierno no anuncia tanto un nuevo proyecto de país como la restauración de un viejo orden: el predominio de la seguridad sobre la política, del castigo sobre la negociación, de los militares sobre los civiles, de la concentración de la tierra sobre la reforma agraria y de la confrontación sobre el diálogo. En Colombia, demasiadas veces el futuro no consiste en inventar algo nuevo, sino en permitir que regrese un pasado que nunca terminó de irse.

No podemos llamar a la calle sin tener una idea clara de para qué. Es grave tener a un estadounidense de presidente, al servicio de la agenda de los Estados Unidos y con el respaldo de Trump, lo que nos vuelve a demostrar que eso del imperialismo no es una entelequia del siglo pasado, sino una realidad del presente. Sin embargo, la torpeza está en pensar que esa es la lucha principal en este momento o que, si logramos que pierda la nacionalidad, dejará de proteger los intereses de los Estados Unidos en Colombia.

Y tan mal estamos que se llama no a la protesta frente a la promesa del desmonte de subsidios o de refinanciar las EPS, sino a la “desobediencia civil”, noción sobre la que pocos tienen claridad y que (casi) nadie sabe con qué se come; la gente pregunta qué es exactamente eso. Y ponerlos a leer la obra de Henry David Thoreau no me parece lo más inteligente.

Luego, los intelectuales han publicado sendos análisis de lo que es, pero, de nuevo, sin mostrar cómo se materializa. Además, se enredan al ponerle adjetivos de “pacífica”, cuando lo es por definición, lo que demuestra que ni en lo semántico sabemos discutir. De nuevo enfrascados en peleas performativas y simbólicas, cuando no en “narrativas”.

El hecho es que la desobediencia civil parte de dos premisas: un Estado que le coma cuento a la protesta pacífica y una sociedad capaz de desarrollarla con una alta exigencia ética en sus compromisos. En Colombia, no hay un Estado al que le signifique algo la protesta pacífica, ni tampoco hay una sociedad educada en ese tipo de prácticas para que asuma, por ejemplo, no pagar impuestos. Así que, en puridad, la llamada a la desobediencia civil en Colombia fracasa por falta de sustrato.

Y todo lo volvemos un asunto jurídico: la doble nacionalidad del presidente electo, tutelas contra la candidatura de De la Espriella, demandas de nulidad de la elección, y debates jurídicos sobre el resultado de las elecciones.

Eso está bien, lo jurídico es un frente, pero no puede ser el único, ni tampoco se puede volver toda la agenda social un debate de normas que no vayan, además, más allá de los tribunales. El énfasis en lo jurídico lleva a repetir el refrán inglés de que “cuando uno tiene un martillo, todo le parece una puntilla”.

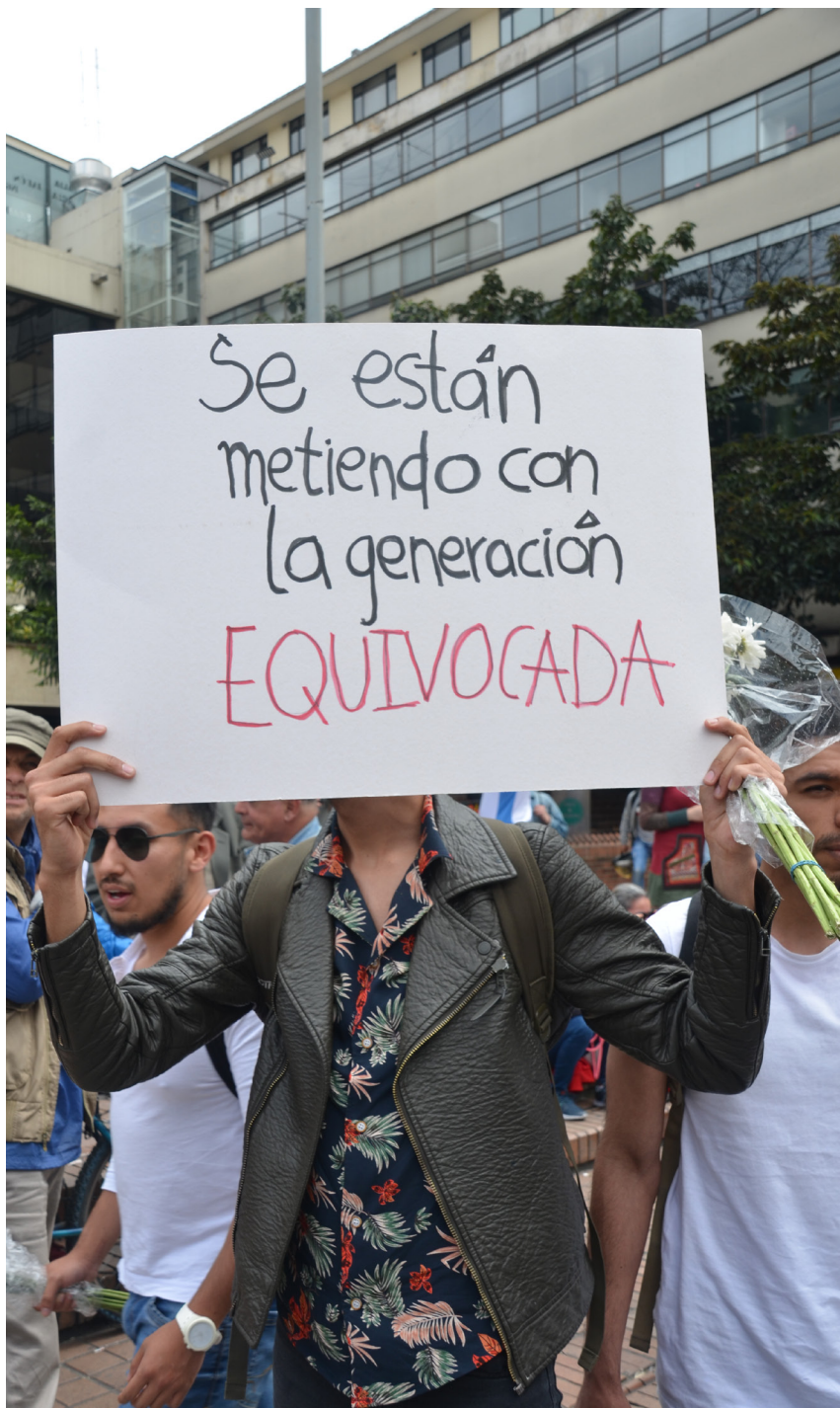
Y, peor aún, ese énfasis desconoce el desbalance entre los muy largos tiempos jurídicos y los tiempos políticos. Seguimos, en esencia, cometiendo los mismos errores de la campaña, pero insistimos en que la sociedad nos escuche. Y si no escuchan, los acusamos de enajenados y ya.

Es difícil convocar a los jóvenes cuando los líderes de la primera línea encarcelados no recibieron el apoyo adecuado; es triste reconocer que la entrega de tierras la mayoría de las veces no se acompañó con la titulación del caso; es doloroso reconocer que Ministerio de la igualdad creado un gran presupuesto se cierra el final del gobierno con más pena que gloria. Y es inexplicable que durante cuatro años no se tocó la esencia del sistema electoral para evitar el fraude del que ahora nos quejamos.

La responsabilidad política empieza precisamente aquí. Si este escenario termina consolidándose, no será únicamente por los aciertos del nuevo gobierno; también será porque nosotros no fuimos capaces de construir una fuerza social lo suficientemente organizada para impedirlo.

Las derrotas nunca son solamente electorales; se pagan con derechos perdidos, con líderes sociales asesinados, con comunidades abandonadas, con exilios, con silencios y con oportunidades históricas que tardan muchos años en regresar.

Por eso, el desafío no consiste en elaborar listas cada vez más largas ni en repartir candidaturas para la próxima elección. El desafío consiste en reconstruir ya la organización, dejar de aplazar el congreso del Pacto Histórico, volver a la sociedad y aprender de los errores. Si no aprendemos de esa lección, dentro de unos años no necesitaremos escribir una lista nueva: bastará con cambiarle la fecha a esta lista de asuntos pendientes.



EPÍLOGO

Sigamos caminando

(8 de julio de 2026)

Si llegó hasta esta página, quiero pedirle un último favor. No cierre todavía el texto. No le escribo porque tenga más respuestas que usted. Le escribo precisamente porque compartimos las mismas preguntas.

Tampoco le escribo como dirigente. No lo soy. Nunca he hablado en nombre del Pacto Histórico ni de ninguna de sus direcciones. No tengo cargo alguno que defender ni liderazgo que reclamar. Le escribo como uno más de los más de doce millones de personas que, por razones distintas, apostamos un pedazo de nuestra vida a la posibilidad de que Colombia fuera un país un poco más justo.

Como uno más que caminó, discutió, convenció a los vecinos, repartió volantes, celebró victorias, soportó derrotas y creyó, de buena fe, que valía la pena intentarlo. Por eso esta no es una carta a la dirección. Es una carta al pueblo. A quienes caminaron conmigo. Y quiero empezar, simplemente, dando las gracias.

Gracias porque, más allá de los resultados electorales, hubo algo que nadie podrá borrar. Hubo un momento en el que millones de personas perdieron el miedo a decir que querían cambiar este país.

Todavía puedo cerrar los ojos y recordar aquellas calles llenas de estudiantes, trabajadores, artistas, campesinos, jóvenes y viejos que quizá

nunca habían militado en un partido, pero que decidieron salir porque sentían que este país podía ser distinto. Allí comprendí que la política podía volver a parecerse a la gente. No olvidemos eso; hablo del Paro Nacional de 2021.

El cambio no comenzó el día en que ganamos unas elecciones. Comenzó mucho antes, cuando la sociedad empezó a moverse antes que los partidos. Cuando aparecieron ollas comunitarias, bibliotecas populares, brigadas de salud, grupos culturales, redes de solidaridad y miles de personas que descubrieron que la política también consistía en cuidar al vecino.

Eso fue mucho más importante que cualquier ministerio. Y precisamente por eso duele tanto haber perdido. No solamente perdimos un gobierno. También perdimos una ilusión. Y esa clase de derrotas deja una tusa que no se cura con discursos optimistas ni con comunicados sobre la unidad. Hay que reconocerla. Hay que atravesarla. Porque la peor derrota no es la electoral. La peor derrota es la afectiva: cuando dejamos de creer que vale la pena volver a intentarlo. No permitamos que eso ocurra. La derecha puede ganar gobiernos. No le regalemos tampoco nuestra esperanza.

Ahora bien, tampoco convirtamos la esperanza en una excusa para no pensar. La esperanza que no aprende termina pareciéndose demasiado a la ingenuidad. Por eso escribí este cuadernillo. No para buscar culpas. Mucho menos para ajustar cuentas. Lo escribí porque me preocupa más el futuro que el pasado.

Las derrotas sirven de poco si solo las usamos para repartir responsabilidades. Lo verdaderamente importante es entender qué debemos hacer distinto. Y lo primero que debemos entender es algo muy sencillo.

Los más de doce millones de votos nunca fueron nuestros. Nunca pertenecieron a un dirigente. Nunca pertenecieron a un candidato. Nunca pertenecieron a un partido. Pertenecen a los ciudadanos que, libremente, decidieron confiar durante un momento de sus vidas en una propuesta política. Los votos no son una herencia ni una propiedad, son un préstamo. Y la única forma de conservar ese préstamo es merecerlo una y otra vez.

Por eso me preocupa tanto escuchar que algunos ya quieren hablar de las próximas elecciones. Todavía no terminamos de entender la última derrota y ya aparecen expertos en calendarios electorales, en alianzas, en avales y hasta en candidaturas. Algunos incluso empiezan a repartir victorias futuras con una generosidad que no tuvieron para repartir responsabilidades en la derrota.

Pareciera haber una extraña prisa por pasar la página. Como si el problema hubiera sido escoger mal unos nombres y no haber construido lo suficiente una fuerza social capaz de sostener el cambio.

No porque las elecciones no importen. Importan. Y mucho. En un país como el nuestro, perder el gobierno no significa solo perder ministerios o curules. Significa que muchas comunidades volverán a quedar solas, que líderes sociales seguirán siendo asesinados, que muchas personas tendrán que callar, exiliarse o volver a vivir con miedo.

Precisamente por eso sería una enorme irresponsabilidad volver a perder por no haber querido pensar. Por eso me parece casi una vulgaridad política que, mientras todavía intentamos entender lo que pasó, algunos crean que la discusión urgente consiste en poner nombres sobre la mesa. Como si cambiar de candidato pudiera reemplazar el trabajo de transformar una cultura política.

Esta vez deberíamos hacer algo distinto. Tomarnos el tiempo de la tusa. Sí, de la tusa. Los colombianos usamos esa palabra para hablar de los amores perdidos. Tal vez porque entendimos hace mucho tiempo que hay dolores que no desaparecen por decreto. La política también tiene sus tusas. Y la nuestra no se cura repitiendo consignas ni fingiendo que aquí no pasó nada.

Pero tampoco podemos enamorarnos de la tristeza. La tusa tiene que servir para otra cosa. Tiene que servir para volver a conversar, leer, estudiar, organizar y escuchar. En otras palabras, para volver a caminar.

Volver a la calle tampoco significa convertir la movilización en un fin en sí mismo. La calle desgasta cuando no sabe para dónde va, cuando sustituye la organización o cuando deja de escuchar a quienes dice re-

presentar. Habrá que marchar, por supuesto. Pero también habrá que saber cuándo, para qué y con quién. La resistencia no consiste en permanecer siempre movilizados, sino en construir una fuerza social capaz de sostener las movilizaciones cuando realmente hagan falta.

Conviene recordar, además, que el fascismo que enfrentamos no surgió de la noche a la mañana. Muchas de sus prácticas ya las conocimos en gobiernos anteriores: la estigmatización de la protesta, la persecución de dirigentes sociales, el miedo como herramienta política y la concentración del poder. Pero tampoco la resistencia nació ayer. Este país lleva décadas aprendiendo a organizarse, a defender derechos y a sobrevivir a gobiernos hostiles. Conviene recordar ambas cosas al mismo tiempo para no caer ni en el derrotismo ni en la ingenuidad.

No esperemos instrucciones. No esperemos permisos. No esperemos que alguien convoque. No esperemos que aparezca un nuevo salvador. Si algo nos enseñó la mejor tradición de la izquierda, es que las transformaciones profundas nunca empiezan en los palacios. Empiezan cuando la sociedad decide organizarse.

Y si algo nos enseñaron demasiadas experiencias latinoamericanas es que, cuando los movimientos sociales terminan subordinados al gobierno, cuando la crítica se convierte en deslealtad y cuando el Estado reemplaza a la sociedad organizada, el deterioro empieza mucho antes de que aparezca la derrota electoral. No repitamos ese camino.

No deleguemos nuestra responsabilidad política en ninguna dirección, por brillante que sea, ni en ningún dirigente, por admirable que resulte. Los liderazgos son necesarios. La obediencia, no. Y tampoco deleguemos nuestra capacidad de pensar.

No permitamos que vuelvan a convencernos de que criticar divide, preguntar debilita o pensar desmoviliza. Si alguna vez aceptamos eso, habremos perdido mucho más que unas elecciones. Habremos perdido la libertad.

También quisiera decir algo sobre los liderazgos. Los necesitamos. Toda organización los necesita. Pero no le hagamos ese daño a nin-

gún dirigente: no convirtamos a nadie en alguien que ya no pueda ser contradicho. El caudillismo termina haciendo daño incluso a los propios caudillos.

Una organización madura no es aquella en la que todos piensan igual. Es aquella en la que nadie tiene miedo de hacer preguntas. La crítica honesta no debilita un proyecto político. Lo cuida. El silencio sí puede destruirlo.

Yo también me equivoqué. Seguramente más de una vez. Pero, si tengo que escoger, prefiero equivocarme haciendo preguntas que equivocarme guardando silencio. Prefiero cometer el error de abrir una conversación al de ayudar a clausurarla. Ninguna organización democrática se fortalece porque todos piensan igual. Se fortalece cuando nadie tiene miedo de pensar distinto.

Quizá algunos crean que esta carta pierde valor porque quien la escribe ya no ocupa determinados espacios, o porque otros decidieron cerrárselos. Puede ser. Pero una izquierda que solo escucha a quienes conservan el micrófono termina por parecerse demasiado a aquello que dice combatir.

También aprendí que no todos los destripamientos dejan sangre. Algunos se hacen con calumnias, rumores o campañas para que una persona deje de ser escuchada. Yo también conocí esa forma de violencia. Pero las ideas no dependen del tamaño del micrófono ni de los espacios que otros decidan cerrar. Dependen de su capacidad para iniciar conversaciones.

Las ideas no valen por el lugar desde el que se pronuncian, sino por la conversación que son capaces de abrir. Y esa conversación tendrá que continuar sin depender de quienes hoy ocupan un cargo, de quienes mañana lo ocuparán o de quienes, como yo, sentimos que hemos cerrado un ciclo. Porque los ciclos personales terminan. Las causas, no.

No tengamos tampoco vergüenza de decir que somos de izquierda. Últimamente pareciera que esa palabra necesita pedir disculpas antes de entrar a una conversación. Como si hubiera que esconderla tras eufe-

mismos para no incomodar a nadie. Yo sigo creyendo que la izquierda no es una identidad para exhibir con orgullo vacío ni una etiqueta para repartir certificados de pureza moral.

Es, sencillamente, la convicción de que este mundo puede organizarse de manera más justa. Y por eso creo también que vale la pena volver a Marx. No para memorizarlo. No para convertirlo en catecismo. Mucho menos para repetir frases escritas hace un siglo y medio como si el mundo no hubiera cambiado. Vale la pena volver a Marx porque todavía nos ayuda a hacernos las preguntas correctas sobre la desigualdad, la explotación y el poder.

Renunciar a la idea de clase ha sido uno de los grandes errores de buena parte de las izquierdas contemporáneas. Eso no significa ignorar las luchas de las mujeres, de los pueblos indígenas, de las comunidades negras, de la población LGTBIQ+, de quienes defienden el ambiente o de tantas otras causas profundamente justas. Significa entender que esas luchas no tienen por qué negar que existen clases.

El desafío nunca fue escoger entre la identidad y la desigualdad. El desafío siempre ha sido comprender cómo construir un proyecto común sin borrar las diferencias ni olvidar que, mientras discutimos entre nosotros, hay quienes siguen concentrando la riqueza, el poder y los privilegios.

No renunciemos a la palabra izquierda. No permitamos que nos la arrebaten quienes la convirtieron en una caricatura ni quienes quisieran borrarla del lenguaje político. Digámosla con tranquilidad. Pero, sobre todo, llenémosla de nuevo de contenido.

Que vuelva a significar igualdad, solidaridad, organización. Que vuelva a parecerse más a las ollas comunitarias que a las oficinas, más a las bibliotecas populares que a las tarimas, más a la gente común que a quienes hablamos demasiado sobre ella. Hay que volver a las preguntas incómodas: ¿por qué unas pocas personas siguen concentrando la riqueza y el poder mientras la mayoría apenas sobrevive? La izquierda no necesita menos pensamiento, necesita más. Mucho más.

No repitamos errores que ya conocemos. Hay experiencias en América Latina que confundieron el gobierno con el poder, el partido con el pueblo, la unanimidad con la unidad y la administración del Estado con la transformación de la sociedad. Todas empezaron a debilitarse mucho antes de perder elecciones. Empezaron a debilitarse cuando dejaron de escuchar.

No necesitamos copiar los fracasos ajenos para fabricar los nuestros. Tenemos la oportunidad de hacerlo mejor. Y hacerlo mejor empieza por una pregunta que nunca deberíamos dejar de hacernos: ¿para qué queremos una organización política?

Ojalá nunca respondamos que es únicamente para ganar elecciones. Porque si ese fuera el único objetivo, bastaría con abrir una oficina cada cuatro años, contratar un publicista y esperar la siguiente campaña.

Yo sigo creyendo que una organización política existe para algo mucho más humilde y mucho más ambicioso: ayudar a que una sociedad se organice mejor. Nada más. Pero tampoco nada menos.

Eso significa confiar más en el pueblo que en las oficinas, más en la deliberación que en las consignas, más en las bibliotecas que en los eslóganes, más en las cooperativas que en las burocracias, más en los sindicatos que en las tarimas, más en las conversaciones de barrio que en las reuniones en las que siempre hablan los mismos.

Significa entender que la política no empieza cuando se abren las urnas ni termina cuando se cierran. Empieza cuando un grupo de vecinos decide organizar un comedor comunitario. Cuando unos estudiantes crean un círculo de lectura. Cuando unos trabajadores defienden su sindicato. Cuando una comunidad protege un río. Cuando alguien descubre que el otro no es un competidor sino un compañero.

Porque, al final, los más de doce millones de votos nunca fueron lo más importante. Lo verdaderamente importante fueron los millones de personas que descubrieron que podían organizarse, pensar y actuar colectivamente. Eso no cabe en una urna. Eso tampoco cabe en un partido. Y mucho menos en un gobierno.

Quizá por eso, después de escribir estas páginas, siento que ha llegado el momento de guardar silencio. No por resignación. No por cansancio, simplemente porque todos cerramos ciclos alguna vez.

Ojalá, dentro de algunos años, descubramos que esta derrota no fue el comienzo de un largo silencio, sino el momento en que volvimos a encontrarnos. Ojalá algún día podamos mirar hacia atrás y decir que la derrota nos hizo más humildes, más democráticos, más inteligentes y mucho más parecidos al pueblo del que nunca debimos alejarnos.

Si ocurre, habrá valido la pena la tusa. Habrá valido la pena la crítica. Ojalá algunas personas vuelvan a reunirse, vuelvan a discutir, vuelvan a leer a Marx sin convertirlo en un santo, vuelvan a creer que la izquierda sigue siendo una palabra digna y vuelvan a organizarse sin esperar instrucciones desde arriba. Y yo sigo creyendo, quizá con menos ingenuidad que antes, pero con la misma convicción, que todavía somos capaces de hacerlo. Sigamos caminando, porque entre la derrota y la esperanza existe un único camino: la organización.



Víctor de Currea-Lugo

Médico, trabajador humanitario, periodista, escritor y profesor universitario. Como trabajador humanitario, ha estado en Colombia, Palestina, Sáhara Occidental y Darfur, entre otros contextos. Y, como periodista, ha realizado informes especiales desde Irak, Afganistán, Indonesia, Siria, Líbano, Filipinas, Kurdistan y Ucrania, entre otras regiones del mundo. Fue asesor de relaciones internacionales del presidente Gustavo Petro (2025-2026).

Máster de la Universidad de Salamanca y PhD de la Universidad Complutense de Madrid. Autor de más de una decena de libros sobre conflictos armados, entre ellos: Fanatismos, mitos y fusiles (2022) y Palestina, genocidio y resistencia (2024).

Web: <https://victordecurrealugo.com/>

Llegamos al gobierno más rápido de lo que construimos una fuerza política capaz de sostenerlo. Llegamos al gobierno. Pero no llegamos al poder. La derrota comenzó mucho antes de que se contaran los votos.

Comenzó cuando confundimos el gobierno con el poder, la militancia con los cargos, la organización con la burocracia, la crítica con la traición y la superioridad moral con la capacidad de construir mayorías.

En estas páginas no se buscan culpables ni se escriben elegías. Se intenta responder una pregunta mucho más incómoda: ¿por qué una fuerza política capaz de ganar las elecciones no fue capaz de sostener la esperanza que la llevó hasta allí?

Este no es un texto contra la izquierda; es un texto escrito desde la izquierda para discutir con la izquierda. Porque el silencio nunca ha salvado un proyecto político y la obediencia jamás ha reemplazado al pensamiento.

En Colombia las derrotas se miden por las reformas que se detienen, los derechos que retroceden, las comunidades que quedan solas, los exilios, las persecuciones y los muertos que pudieron evitarse.

La autocrítica no garantiza las victorias. Pero negarse a hacerla es la manera más eficaz de garantizar la próxima derrota.

